

INTRODUCCIÓN

En un lugar muy céntrico de Madrid, entre el Parque del Retiro y la Estación de Atocha, se yergue un edificio singular. Cuando se abre al público, en 1875, se muestra orgulloso, casi desafiante, sobre un terreno apenas urbanizado que entonces se sitúa a las afueras de la ciudad. Durante décadas, su gran escalinata y su fantástico pórtico de inspiración griega llaman de forma poderosa la atención y, durante unos pocos años, mientras mantiene su esencia original, sus colecciones resultan tan fascinantes como morbosas. Hoy, su elegante fachada apenas puede respirar; se ahoga entre un tráfico inmisericorde y un delirante despliegue de mobiliario urbano. Pese a todo, el edificio es desde hace algún tiempo la sede del Museo Nacional de Antropología. Su denominación se parece mucho a la que le otorgara, hace ya cerca de siglo y medio, su creador, pero sus contenidos tienen muy poco que ver con los que allí se instalan en el momento de su inauguración. Más adelante viajaremos en el tiempo para visitar sus salas y revisar sus colecciones, pero el propósito que guía la redacción de esta obra no es estudiar el antiguo Museo Antropológico. El objetivo es ofrecer un renovado acercamiento a la figura y a las extraordinarias iniciativas puestas en marcha por su fundador: el doctor Pedro González Velasco.

En efecto, el libro que el lector tiene en sus manos es un recorrido por la historia vital del famoso doctor y cirujano segoviano, por los principales avatares de su ajetreada biografía, algunos de carácter íntimo, pero la mayoría de índole académica y profesional. Es cierto que, desde finales del siglo XIX, disponemos de alguna información que nos acerca al personaje, sobre todo gracias al testimonio legado por su más cercano discípulo, el doctor Ángel Pulido Fernández. También es verdad que, desde hace tiempo, su figura ha llamado la atención de unos cuantos autores, tanto en el ámbito historiográfico como en territorios vinculados con la leyenda, el morbo y hasta la necrofilia. Lo aportado por estos últimos es completamente prescindible; lo que nos cuentan los historiadores, tanto desde la historia de la medicina como desde la historia de la antropología, sí resulta de

interés, aunque lo cierto es que aún hoy se reiteran no pocos tópicos y falsedades. Entonces, ¿merece la pena recuperar al personaje? Obviamente, debo responder que sí, pues comprobaremos que todavía se puede decir mucho, y en buena medida novedoso, sobre su singular biografía y, más aún, sobre sus muy destacadas creaciones. Veamos lo que nos espera.

Los capítulos 1 y 2 repasan las cuatro primeras décadas de la biografía de nuestro protagonista, desde su azarosa venida al mundo, en una pequeña localidad segoviana, hasta la obtención del grado de doctor en Medicina por la Universidad de Madrid. Más allá del terreno de la anécdota personal, comprobaremos cómo esa trayectoria vital se imbrica en el contexto histórico al que pertenece, pese a sus muy humildes orígenes. Enseguida aparece en escena la Iglesia católica y su mundo conventual, como marco privilegiado en el que encauzar la vida de un chaval pobre, pero espabilado. Veremos las trascendentes consecuencias que, para su vida futura, tienen su ordenación como fraile carmelita, la exclaustración y su consecuente alistamiento en las tropas isabelinas durante la Primera Guerra Carlista. Luego, una vez desmovilizado, su condición de «hombre de acción» lo mantiene en marcha y lo conduce hasta la capital del reino, donde, literalmente, habrá de buscarse la vida. Pronto se emplea como criado, aunque no en una familia acomodada cualquiera, sino en varias casas de la nobleza, quizás dignificada su figura por la educación recibida durante su vida monástica. Pero Velasco no se conforma con ganar un sueldo más o menos magro y subsistir. Aunque Leni Riefensthal arruinó la expresión, al titular con ella uno de sus más famosos documentales de propaganda nazi, debemos reconocer que la intensa y exitosa trayectoria del segoviano, tras su llegada a Madrid, solo puede ser definida como «el triunfo de la voluntad».

Incluso antes de alcanzar el doctorado es ya un cirujano de prestigio y, también desde fecha temprana, arranca su pasión por la elaboración de preparaciones y vaciados anatómicos, contextos que se revisan en el capítulo 3. Aunque entonces fracasa su primera empresa para la fabricación y venta de vaciados al Estado, lo que no se detiene es su pasión coleccionista, que acaba materializándose en el primero

de sus sucesivos museos: el Museo Anatómico que instala en su propia vivienda, en el n.º 135 de la calle de Atocha. Tras estudiarlo en el capítulo 4, en el quinto veremos cómo el segoviano alcanza una de sus mayores aspiraciones personales, al ser nombrado director del Museo Anatómico de la Facultad de Medicina madrileña, un cargo de nueva creación que lo llena de orgullo y que le permite renovar de forma notable la institución, pero que le genera tal cantidad de disgustos y sinsabores que, tras algo más de una década a su frente, opta por presentar la dimisión. De todas formas, el abatimiento que sufre durante los últimos años que está al frente de la institución universitaria no se justifica solo, ni principalmente, por cuestiones profesionales. El origen de su profunda amargura es otro, mucho más íntimo y personal: en el mes de mayo de 1864 fallece su amadísima hija Conchita. En el capítulo 7 seremos testigos de tan amargo episodio y conoceremos las singularísimas circunstancias que rodean la muerte de la niña, su enterramiento, exhumación y su postrer «retorno» al hogar familiar. Antes, en el capítulo 6, habremos conocido, y aclarado, el primero de los tres episodios morbosos que jalonan su biografía: el asunto de la casa, el cementerio y los cráneos de Zarauz —el segundo es el citado de «la niña» y el tercero el concerniente al «gigante extremeño». La casa no es una vivienda cualquiera: es la magnífica mansión que se hace construir el segoviano para disfrutar, junto con su esposa y su hija, entonces aún viva, del clima y las aguas de la ya entonces famosa localidad de veraneo guipuzcoana. El cementerio está justo a su vera, los cráneos también.

Conchita disfruta durante dos o tres años del palacete de Zarauz. Lo que no llega a conocer es el segundo museo doméstico de su padre, el Museo Anatómico-Patológico que instala en 1865 en un edificio de nueva construcción, que ya es de su propiedad, situado muy cerca de su anterior residencia, en el n.º 90 de su querida calle de Atocha. En el capítulo 8 nos adentraremos en sus colecciones. El siguiente, el noveno, es el más extenso del libro y también el que presenta un título más abierto y menos descriptivo: «Represión. Revolución. Restauración». Podría haberse optado por un encabezamiento que recogiera algunos de los contextos o de las instituciones con las que se vincula Velasco

durante esos años, los que se extienden desde 1865 hasta 1875, como la Sociedad Antropológica, la Anatómica o la propia Universidad de Madrid. No obstante, pienso que los escuetos, pero contundentes, términos que conforman el título resultan mucho más elocuentes que cualquier síntesis de sus contenidos. Nos invitan a conocer los convulsos momentos que vive Velasco, y el conjunto de la sociedad española, durante ese corto periodo de tiempo. Comprobaremos cómo el asfixiante ambiente que se respira durante los últimos años del reinado de Isabel II no es obstáculo para que se funde, con la profunda implicación del segoviano, la Sociedad Antropológica Española, la primera de esas características que se crea en España y la cuarta de Europa. Muy poco después, cuando el contexto represor se torna insoportable y el prestigio de la monarquía chapotea por el fango, el triunfo de la Revolución de septiembre de 1868 sitúa al país ante un nuevo y prometedor futuro. Las nuevas libertades públicas transforman la sociedad y la Universidad, pero lo que realmente cambia la vida de Velasco es su nombramiento como catedrático interino de Anatomía. Son años intensos, e incluso gloriosos, para el segoviano: es condecorado y hasta el rey Amadeo I visita su museo. Su actividad no se detiene: en 1873 es capaz de fundar una gran revista médica que se mantiene activa durante casi una década, *El Anfiteatro Anatómico Español*. Pero su dicha como profesor universitario tiene un recorrido mucho más corto: el golpe de Estado de 1874 y la restauración de la monarquía borbónica conducen a su cese como catedrático y, a la postre, a su definitiva desvinculación de la Universidad.

La pérdida de la cátedra y el recorte de las libertades públicas no hacen mella en la voluntad de hierro de Velasco. En la primavera de 1873 había puesto la primera piedra de su tercer y último proyecto museístico, mucho más ambicioso que los dos previos. El cambio de régimen político lo alcanza con las obras muy avanzadas, pero nada las detiene. Al final, en abril de 1875, ve cómo se hace realidad su gran utopía: el rey Alfonso XII inaugura el magnífico Museo Antropológico del paseo de Atocha, cuyo edificio aún podemos contemplar y cuyos contenidos estudiaremos con detalle en el capítulo 10. Pero no todo marcha bien: sus antiguos enemigos en la Facultad de Medi-

cina forman ahora parte del bando vencedor y no se conforman con apartarlo de la cátedra. La renovada coyuntura política y universitaria les permite golpear aún más fuerte al irredento republicano, hasta el extremo de arruinar el ambicioso proyecto de la Escuela de Medicina Práctica que había tratado de poner en marcha en su nuevo museo. Pese a tan amargo fracaso, las colecciones del Museo Antropológico siguen creciendo a buen ritmo. De hecho, en el capítulo 11 comprobaremos que muy pronto incorpora la «pieza» que se convierte en la principal atracción del centro hasta el día hoy: la versión por triplicado del «gigante extremeño», el pacense Agustín Luengo Capilla, de quien Velasco exhibe el vaciado en yeso de su cadáver, el esqueleto completo e incluso la piel montada sobre un maniquí y vestida con las ropas de su infortunado «propietario».

Desgraciadamente, nuestro protagonista solo puede disfrutar de su gran museo y de «su gigante» durante unos pocos años, pues fallece en octubre de 1882. Aunque el Estado termina comprándolo, las consecuencias del trasvase de propiedad son trágicas para el centro, pues nadie se plantea su continuidad. Como veremos en el capítulo 12, el proceso que conduce a su adquisición y, más aún, las circunstancias en las que se lleva a cabo el reparto de sus colecciones y espacios solo pueden ser calificados como lamentables. Así, en 1894, con el Museo Antropológico casi del todo desmantelado, se publica un librito clave, una verdadera joya que se citará de forma reiterada a lo largo de este trabajo: la biografía del doctor Velasco que escribe Ángel Pulido Fernández, el discípulo predilecto del segoviano durante sus últimos catorce años de vida. Tanto su postrer museo como otros grandes proyectos velasqueños no habrían sido lo que fueron sin la intervención del doctor Pulido, un personaje extraordinario, cuya biografía, los años en los que estuvo al lado de Velasco, he considerado un deber moral glosar de forma breve en el capítulo 13.

El libro va llegando a su final, pero me atrevo a decir que aún queda lo mejor, al menos para quien esto escribe. El lector todavía debe conocer los dos últimos capítulos, los destinados a reivindicar la figura y la obra museística de Velasco. El capítulo 14 se centra en el personaje. Veremos sus aptitudes y sus limitaciones; comprobare-

mos que son indiscutibles tanto su destreza disectora como su habilidad quirúrgica, y que es, precisamente, su capacidad para realizar arriesgadas operaciones el factor que explica su rápido e increíble enriquecimiento. De hecho, me atrevería a decir que difícilmente encontraremos, en la historia de la medicina española, un médico o un cirujano que haya cobrado minutas más elevadas que las presentadas por Velasco. Más allá de la cuestión crematística, el capítulo se completa con información que nos va a permitir valorar los dos elementos más llamativos de su personalidad: su grandilocuencia y su excentricidad. Finalmente, y una vez «rescatado» el personaje, toca hacer lo propio con sus creaciones, sobre todo con sus museos y, más en concreto, con su gran Museo Antropológico. El capítulo 15, el último del libro, se titula «Mucho más que curiosidades morbosas», porque el objetivo es justamente ese: desmontar tópicos y valoraciones erróneas que desprecian, o simplemente no aprecian, la relevancia que tuvo ese centro. Insistiré en que nos encontramos ante una institución que fue mucho más que un mero repositorio de cráneos, vísceras y fetos monstruosos. Se trata de una institución única en nuestro país y sin apenas referentes equiparables en la Europa del siglo XIX, menos aún si los buscamos en el ámbito privado. Un museo con problemas y notables limitaciones, es cierto, pero que de haber mantenido y renovado sus colecciones, y con un adecuado proceso modernizador, podría haberse convertido en el núcleo original de un museo nacional de anatomía y medicina que España, a día de hoy, aún no tiene.¹

Termina ya esta introducción con un comentario obligado. El subtítulo del libro dice que esta es una biografía «apasionada» del doctor Velasco. Y es verdad. He procurado ser ecuánime, diría incluso que objetivo, al afrontar el relato de la historia vital del segoviano, destacando sus tremendas limitaciones como analista y llamando la atención sobre lo que bien podrían calificarse como sus excesos. Pero reconozco que también he tratado de explicar, y hasta de comprender, por qué actúa de la forma en que lo hace, incluso en el delicado

¹ El Museo de Medicina Infanta Margarita, auspiciado por la Real Academia Nacional de Medicina de España, continúa siendo una entelequía.

y personalísimo asunto de la momificación de su hija Conchita. En cualquier caso, resultará evidente que no se ha redactado ni una hagiografía ni la biografía de un médico extraordinariamente brillante, fuera o no un personaje discutido, cuestiones teóricas —relativas a la elaboración de biografías médicas— sobre las que han reflexionado Raquel Álvarez (2005) o Luis Montiel (2005). Y tampoco es una «biografía divulgativa» proyectada con la capacidad de síntesis analítica de la que hace gala Ricardo Campos en su estudio conjunto sobre Monlau, Rubio y Giné (2003 y 2005). Es un relato de vida que no se diseña sobre el debate internalismo-externalismo; que simplemente pretende acercarse a un personaje y a su contexto, mejor dicho, a los muy variados contextos que dan sentido a lo que hace y a cómo lo hace. Al final, es una narración que, inevitablemente, ha de ser apasionada, porque la figura de Velasco ronda desde hace mucho tiempo en mi horizonte investigador, unas veces cercana y otras como una vaga sombra. Porque entré por vez primera en su museo siendo un crío y desde entonces, aunque ya apenas tuviera nada que ver con lo que fue, ese edificio y todo lo que fluye en torno a él han seguido atrayéndome, más aún cuanto más conocía acerca de la vida de su fundador, por muy morboso que fuera, o quizás por ello. Soy consciente de que para muchos el doctor Velasco es un personaje poco o nada atractivo, alguien obsesionado con la muerte y con los cadáveres, capaz de poner en práctica actos simplemente repulsivos. Sí, reconozco que apasionarse con su figura puede resultar extraño; pero si me he embarcado en este proyecto es, precisamente, porque pienso que esas valoraciones son tremendamente injustas y quiero demostrarlo. En último término, mi deseo es que el lector se contagie, aunque solo sea de forma leve, de algo parecido a la insana pasión que me ha llevado a escribir estas páginas.

Madrid, enero de 2019